

12 ROSAS

Consagración al Inmaculado Corazón de María

HOSPITAL DE ALMAS MARÍA DE LA CONSOLACIÓN

Oración para todos los días

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén

María, ven en mi auxilio. Hoy acudo a ti y traigo ante tu altar esta rosa. Con ella te doy también mi corazón para que tú lo transformes, quiero que cada día se parezca más al tuyo. Acudo al amor de Jesús y, junto con Él, quiero vivir como verdadero hijo tuyo.

Te amo, Madre mía, y me refugio en tu manto, para que seas tú quien me lleve hacia Dios.

Amén.

Padre nuestro...
Ave María...(x3)
Gloria...

El Dolor

Lo mismo que el amor, el misterio del dolor es imposible de explicar o teorizar. Así como sólo el que ama sabe lo que es amar, sólo el que sufre puede vislumbrar algo de lo que es el sufrimiento. Pero sólo el que entiende la relación entre el amor y el dolor, puede comprender el sentido que ambos misterios tejen entre sí.

Para hablar del dolor, lo primero es diferenciar entre los distintos tipos de dolores que existen: está el dolor físico, en el que el cuerpo se queja y grita; el dolor moral o psicológico, en el que intervienen la culpa, el miedo, la humillación, etc.; el dolor sentimental, cuando nos vemos heridos, abandonados o rechazados por los demás; y el dolor espiritual, por el cual el alma entra en una profunda desolación para la que no existe alivio ni consuelo. La escritura nos muestra todos estos dolores sintetizados en el salmo 38.

En todo caso, sea cual sea el dolor, lo que sabemos de él es que "duele". Recuerdo cuando de niños nos quejábamos de alguna dolencia y papá, medio en broma, medio en serio nos decía "el dolor está para que duela". A nadie le gusta sufrir, a nadie le gusta pasar dolor. Esto se debe a nuestra naturaleza no fue creada para el sufrimiento, sino para gozar de la dicha y la verdad que el corazón anhela (Cfr. C.E.C. no.27). El dolor, la muerte y el sufrimiento son consecuencia de la entrada del pecado al mundo (Cfr. Gn 3, 16-19).

Hacer frente al dolor, querer evadirlo o evitarlo resulta agotador e inútil. Tarde o temprano el sufrimiento llega y su característica principal es que llega a todo el ser. Al atravesar un dolor, no es sólo el cuerpo, sólo la mente, sólo el espíritu o los sentimientos que se duelen por separado. Cuando uno sufre, todo su ser está sufriendo. Pensemos en un ejemplo sencillo. Si un niño se cae y se raspa la rodilla, va llorando donde su mamá y no le dice “a mi rodilla le duele”, sino “me duele”, es a mí, en todas mis dimensiones a quien le duele la rodilla. Y así pasa con cada dolor. Cuando sufrimos en el cuerpo o en el alma, el dolor penetra todo nuestro ser. Es por eso por lo que el dolor es uno de los misterios más profundos y más íntimos en el hombre.

¿Cómo entenderlo? ¿Por qué el dolor? ¿Dios no quiere que seamos felices?

Intentar responder a estas preguntas no lleva a ningún lado. Lo que realmente vale la pena cuestionarse es ¿Para qué el dolor?

Recordemos que el Señor no deja cabos sueltos, en Él no hay nada que no tenga sentido y, si ha permitido la entrada del dolor al mundo, es porque detrás de éste existe algún propósito concreto, es porque detrás del mayor de los males como es el sufrimiento y la muerte, vendría el bien más grande: la redención.

¿Qué desea una madre cuando ve sufrir a su pequeño? En su amor maternal quiera cambiarse por él, o al menos compartir

su dolor, sentir lo que él siente para decirle que no está solo, que ella sabe por lo que está pasando. Eso hizo Dios con nosotros. Al entrar el dolor al mundo, Dios lo asume para sí mismo. Como esa madre que quiere acompañar a su hijo en el sufrimiento, el Señor lleva a cabo un plan para sufrir con cada uno de los que sufren y, a partir de su propio dolor, alcanzar la plenitud del gozo y la salvación para todos. Tenemos un Dios que no se presentó al mundo en toda su majestad y poder, sino como "Varón de dolores y conecedor de todos los quebrantos" (Is. 53, 3).

Dios se acerca al hombre por medio del misterio del dolor, para que el hombre pueda acercarse al misterio del dolor por medio de Dios. Es la única manera. Sólo quien se postra ante la Cruz y se atreve a contemplar a un Dios tan maltratado y herido, comienza a vislumbrar el sentido del sufrimiento. No se puede explicar. Únicamente quien vive el dolor unido a la pasión de Jesús despierta a una conciencia distinta, nace a la vida nueva.

Esto no quiere decir que hay que buscar el dolor o querer que éste llegue, pues eso sería masoquismo. Vivir el dolor es confiar en el propósito redentor que Dios le ha otorgado. Vivir el dolor es amarlo, pero a través de la Cruz de Cristo. ¿Hay alguien que, sin estar en la Cruz pueda entender esto?

El momento en que el dolor es asumido con el corazón desde la Cruz, ya no se quiere volver atrás. Es como si el alma quisiera ir más adentro, unirse más al dolor del amado hasta fusionarse con el Corazón agonizante de Cristo. No es masoquismo. Es

misterio. Es el profundo misterio del dolor y del amor que se esconde en la pasión de nuestro Señor.

El llamado a vivir unidos a la pasión de Jesús y de compartir con Él sus dolores, no es exclusivo para los santos. Todos hemos recibido la invitación del Maestro a tomar nuestra cruz de cada día y seguirlo, pues sólo el camino del Calvario nos hace dignos de Él (Mt.10, 38).

Esto puede asustar. Nadie quiere vivir en constante sufrimiento y congoja. No es fácil, pues a nadie le gusta sufrir y no todos comprenden ni llegan a abrazar el dolor y a dolerse del dolor de Cristo. No se trata de sufrir por sufrir, pues el dolor no es un fin, sino el medio para alcanzar el fin verdadero: la gloria con Jesús, que venció a la muerte y al llanto. El Señor no nos invita a vivir crucificados, sino a atravesar por la Cruz para llegar a la plenitud. Jesús nos abrió el camino al Cielo a través del sufrimiento, sabe que éste es necesario para asemejarnos más a Él y para fortalecernos, como nos explica el apóstol Pedro: *“Y después de que ustedes hayan sufrido un poco de tiempo, Dios mismo, el Dios de toda gracia que los llamó a su gloria eterna en Cristo, los restaurará y los hará fuertes, firmes y estables”* (1 Pe. 5, 10).

¿Cómo entrar en el misterio del dolor? ¿Cómo contemplar la Pasión de Cristo con los ojos del amor?

Para adentrarnos en este misterio, es necesario entrar en el Corazón de María. ¡Quién más que ella vivió esa experiencia en carne propia, con el dolor que desgarró el corazón, con la

impotencia de no poder hacer nada para evitarlo! Nuestra Madre sabe que, en los momentos de profundo sufrimiento, ninguna palabra tiene valor, ningún gesto consuela, ningún acto alivia. El dolor por el que pasó la Virgen no se puede expresar, pero es el que a Ella le permite consolar a quien la busca, a quien pide su auxilio y la invoca cuando está sufriendo. Gracias a la espada que traspasó su corazón junto a la Cruz, María puede entender a cada hijo suyo y nosotros, sus hijos, podemos consolarnos diciendo "mi Madre ya pasó por esto" mientras esperamos y confiamos en los frutos que vendrán de ese sufrimiento.

No hay dolor más grande que ver sufrir a quien uno ama, pues en ese momento duele la impotencia y la limitación de no poder hacer nada. Duele mirar y sentir, duele estar vivo y estar despierto. No hay consuelo, sólo el grito en el alma que clama para que pase pronto. El más agudo de los dolores hiere, lastima, ofende y se graba en el corazón. Es un dolor que confunde, que hace que uno no entienda, no pueda ver más allá. Es el dolor frío de la muerte. María lo sabe, Ella lo vivió y por eso puede comprender cada uno de nuestros dolores, cada pequeña cosa que atravesamos, cada momento que vivimos. Ella sabe lo que siente cada corazón y por eso puede acoger el dolor de toda la humanidad.

Es por eso por lo que, antes de acercarnos por nosotros mismos a contemplar la Cruz de Cristo, debemos pedir la gracia de entrar en el Corazón Inmaculado de María y, sólo desde allí, adentrarnos en la Pasión. Al hacer esta petición no debemos

dejar de lado nuestros propios dolores, limitaciones ni pecados, pues María nos recibe tal como estamos y una vez adentro se encarga de completar lo que haga falta para llevarnos de su mano hacia la Cruz de Cristo.

Mientras más adentro lleguemos en el Corazón de nuestra Madre, más contemplaremos la Pasión de Cristo y más podremos vivir las gracias que ésta contiene. A la vez, mientras más experimentemos esas gracias, más entraremos en el Corazón de María y, al comprender ese Corazón, podremos salir hacia los demás habiendo llenado algo en lo más íntimo de nuestro ser. Ese es uno de los méritos que nos trae la contemplación de la Sagrada Pasión, no sólo contemplar, sino sanar las heridas de nuestras limitaciones, liberar lo que oprime, entender lo que se oculta. Por eso sólo quien contempla la Pasión puede crecer en sabiduría y en espíritu.

Esto tampoco se puede explicar. Es algo que sólo se entiende cuando se vive en soledad, con el alma unida a María y a su Hijo.

No seguiremos alargando esta meditación considerando el dolor de Cristo, eso se irá revelando poco a poco a medida que vivamos en el Corazón de María. Cuando hagamos de él nuestro refugio, comenzaremos a conocer los misterios reservados para los que nacen a la nueva vida (Cfr. Jn. 3, 3)

¿Qué falta conocer cuando se ama el dolor? Nada. El problema es que muy pocos llegan a ese conocimiento, porque

muy pocos se atreven a enfrentar la Cruz sin esquivarla, amándola hasta el extremo.

Vamos a entrar, pues, libremente, en el Corazón Inmaculado de María y, desde ahí, le pediremos a Ella que nos revele el misterio del Corazón de su Hijo, que nos muestre el sentido del sufrimiento y que, en esos momentos de dolor, nos sostenga y anime lo mismo que a Ella le permitió permanecer junto a Jesús hasta el final: la esperanza de una promesa.

REFLEXIÓN: DESCUBRIR EL DOLOR

El dolor es parte de la vida misma, aunque no nos guste, no se puede evitar ni evadir. Algunos dolores vienen de lo que nos hacen, otros de lo que nosotros mismos hacemos y otros del camino por el que pasamos. A continuación, vamos a profundizar en el misterio del dolor en nuestra propia vida, pero lo haremos siempre desde el amor, pues al no hacerlo así, se sufre, se niega, se rechaza, no se aprende de él.

Todo dolor trae una enseñanza, algo nuevo que entender. A partir de esta afirmación, poniendo tu corazón en el de María, vas a mirar hacia atrás para identificar qué momentos dolorosos has pasado. La idea no es revivirlos y causar nostalgia o tristeza, sino descubrir lo que cada dolor te enseñó.

Recibe cada uno de tus dolores como parte de tu vida. Y descubre que el verdadero dolor, el que se abre al misterio del amor, es el que se acepta, el que enseña, el que evita que volvamos a caer. ¿Cuántas veces has aceptado tu dolor? ¿Cuánto has aprendido de él? ¿Cuántas caídas te ha evitado?

Recuerda que la enseñanza más grande del dolor es la oportunidad de ofrecerlo por otros. Pregúntate, entonces, si sabes ofrecer tu dolor por amor a los demás.

Una vez que hayas respondido a estas preguntas, póstrate al pie de la Cruz de Jesús, contempla su agonía y, unido a él, pídele que te enseñe a conocer, vivir, aceptar, aprender y ofrecer cada uno de tus dolores, para así aprender a amar la Cruz y permanecer siempre muy cerca de su Corazón.

